

Valle de Tiernas

Un valle que enamora

En la plaza de Alpartir hay una placa en recuerdo de Masako Kimura, una joven japonesa que en 1963 cumplió su sueño de ser monja en España gracias al apoyo de los vecinos de esta pequeña localidad. No es la única sorpresa que esconde este pueblo, cercano a La Almunia de Doña Godina. Situado a los pies de la sierra de Algairén, como tantos pueblos aragoneses que se agazapan detrás de una loma para protegerse de los vientos, Alpartir es la puerta natural desde donde se accede a un pequeño valle que los mapas denominan con el río Tiernas, más bien un arroyo que luego se convierte en el río Alpartir, pero que otros conocen con el dulce nombre de Valle del Amor. ■



Texto y fotos: MIGUEL MENA

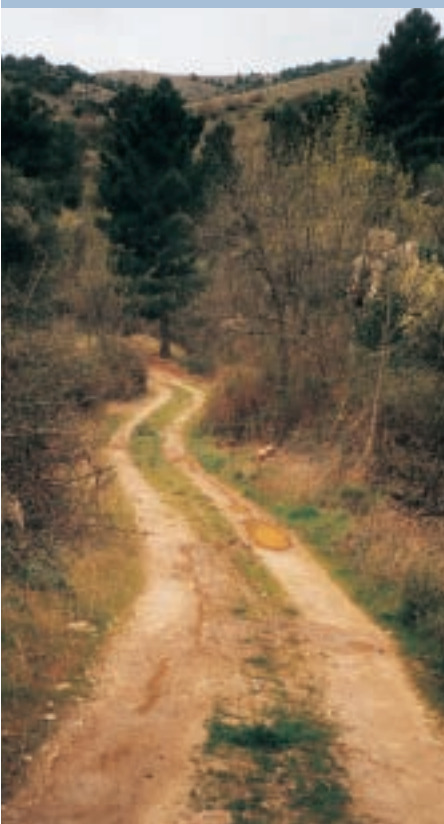
Teniendo en cuenta que la toponimia española es poco dada a los romanticismos, cuando me hablaron de un valle con ese nombre me apresuré a buscarlo en el mapa. El plano del Instituto Geográfico y Catastral corroboró mis sospechas: por el sitio indicado aparecían nombres como el Cabezo Hondoso, el collado del Tío Francisco o el monte Coronillas, todos esos términos contundentes con los que nuestros antepasados solían bautizar los accidentes del terreno. De amor no había nada; ni una sombra de debilidad o cursilería. Lo mejor era coger la bicicleta e internarse en aquel lugar para descubrir sus claves.

Cuando el viajero llega a Alpartir tiene la impresión de que detrás del pueblo no hay nada, sólo las montañas que cierran el paso hacia

cualquier otro lugar, pero a espaldas del casco urbano nace un camino que se interna por un desfiladero y penetra entre los montes sin apenas empinarse. El camino avanza junto al río, serpenteando como él, abriéndose espacio por un terreno en el que apenas caben unas pequeñas huertas. A izquierda y derecha lo flanquean paredes rocosas salpicadas por algunos arbustos, ese tipo de vegetación capaz de crecer en cualquier sitio, desafiando la verticalidad y a un suelo demasiado duro para echar raíces.

Como en tantos otros sitios de Aragón, uno de los principales atractivos de este rincón es la soledad, el silencio casi palpable que se percibe en estos lugares





apenas frecuentados. Al menos eso piensas hasta que, de repente, un zumbido metálico se apodera del valle y trastoca tus cavilaciones. Es el ruido de un motor que pronto identificaré como una motosierra. A la vuelta de un recodo descubro al usuario: un joven que corta las ramas de un árbol caído para proveerse de leña. Frente a él, dos hombres mayores almuerzan sentados a la puerta de una caseta de labranza, muy cerca del río. El leñador motorizado detiene su faena al verme y aprovecho para corroborar que no he perdido el rumbo. Me cuenta que no me perderé mientras siga pegado al río. Los hombres que almuerzan enfrente agitan la bota de vino y se dirigen al ciclista.

-Eche un trago y coma algo, que le vendrá bien para subir.

-Gracias, pero mejor lo dejamos para la bajada.

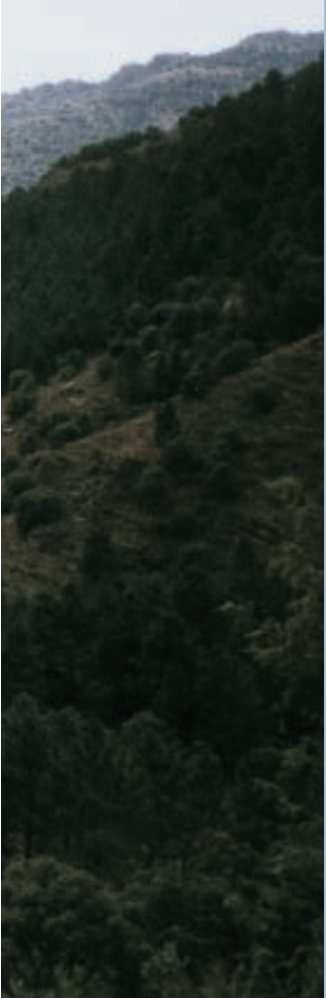
Su gesto forma parte de esa hospitalidad que suele encontrarse en este tipo de lugares solitarios, donde siempre suscita curiosidad un forastero. Lo adecuado sería aceptar la invitación, pero lo veo un poco reñido con pedalear cuesta arriba.

Sigo el camino que me han indicado. Por aquí todavía es ancho, tan

espacioso que por él cabe perfectamente un coche. Después de unos kilómetros, tras dejar a derecha e izquierda un par de casas solitarias, se estrecha de repente y se convierte en senda. Aquí ya no queda espacio para los automóviles, y en algunos momentos ni siquiera se puede avanzar sobre la bicicleta. De vez en cuando el sendero es una sucesión de piedras y hay que echar el pie a tierra y cargar con el vehículo, pero son pocos metros, y se disfrutan por la sensación de caminar envuelto en un pasillo vegetal que a las alturas del año en que me muevo, dos días antes de que comience la primavera, todavía no es muy tupido, pero ya empieza a verdear.

En este tramo el paisaje se angosta, las paredes de roca se hacen más verticales y en una de ellas asoma un refugio construido al abrigo de la piedra, pero después de andar un rato por estas estrecheces, pegado al río, se obtiene la recompensa de desembocar otra vez en un amplio camino, justo frente a un espolón de roca que emerge entre los pinos en el punto donde el agua gira y el paisaje se expande, mostrando por fin ese valle idílico, des poblado, escondido bajo los suaves perfiles de unas montañas que ocultan, a un lado, el valle del Río Grió, y al otro, las llanuras donde crecen los viñedos del Campo de Cariñena.

Es un paisaje de encinas, robles, acebos, pinos y carrascas, que ahora aún muestra un color verde oscuro. Siguiendo el camino que sube por su orilla izquierda, se observa todo como un extraño remanso de paz: no hay más



ruido que el canto de algunos pájaros, y no se ven huellas de actividad humana: ni agricultura ni ganadería. Quizá por eso sorprende más, al cabo de unos kilómetros de suave ascensión, toparse de repente con una especie de cortijo, una casa de grandes dimensiones protegida por una tapia encalada. Pero incluso aquí reina un silencio absoluto; ni siquiera se oye el típico ladrido que suele salir de este tipo de recintos. Ni presencia canina ni presencia humana. Aunque el edificio parece bien cuidado, no parece que en este momento lo ocupe nadie. Eso le da un mayor aire de misterio a este silencioso valle. A veces tienes la sensación de que invades un territorio sagrado y que de pronto aparecerá alguien para echarte.

Para abundar en ese halo misterioso, unos metros más arriba, el viajero se encuentra en la linde del camino con una cruz levantada sobre una roca; es una cruz muy modesta: dos palos cruzados y atados con una cuerda, pero a pesar de su austeridad, resulta extrañamente airosa en su posición, fijada a la roca, firme a pesar de su apariencia humilde. Señala el lugar donde hay una fuente y un pequeño merendero en el que sólo queda una mesa. A esto lo llaman fuente de Valdejordán o fuente de Jordana. No es aquí donde nace el río, sino en las faldas del monte Mosomero, el último, el que cierra el valle, el más alto del contorno. Pero el ciclista no encuentra ese manantial porque a partir de aquí el camino se marcha hacia la izquierda y cobra altura, pero se aleja de las profundidades por donde discurre el agua. Me llevará hasta un claro desde donde se divisa el valle en todo su esplendor, con un tupido bosque de encinas en donde se abre hueco otro más pequeño de robles. Me cuentan que en tiempos había más robles, pero que se cortaban para hacer carbón, y también había familias de Alpartir que subían a estos pagos a por leña que luego vendían en La Almunia.

Desde aquí lo único que me queda es retroceder, lo cual para un ciclista es especialmente fácil cuando todo el camino de ida fue de ascenso. Para descender elijo un camino alternativo que deja a un lado la senda más estrecha y bordea el valle a media ladera, lo cual alarga el recorrido de vuelta, pero permite dis-

frutar de unas maravillosas vistas. Esta ruta serpentea por el lado norte y lleva hasta un punto donde se bifurca: a la derecha, hacia Almonacid de la Sierra, a la izquierda, un descenso rápido para reencontrarme con la senda por donde subí y poco después con Alpartir.

La bajada es vertiginosa, de las que aconsejan permanecer atento al freno. Cuando ya estoy cerca del punto de partida, caigo en la cuenta de que todavía nadie me ha aclarado por qué a este valle, que unos llaman de Tiernas, otros de Alpartir y algunos de Mosomero, hay quien lo nombra como el valle del Amor. Pero es mi día de suerte: indagando en el pueblo me presentan a Hipólito Valgayán, jubilado que pasa de los 70 años, que trabajó durante toda su vida al cuidado de estos montes y se conoce cada palmo y cada minuto de su historia.

“El dueño de gran parte de esta sierra era el señor Benedí”, me cuenta Hipólito; “pues bien, este hombre tenía un hijo que compró una finca a la entrada del valle con la intención de convertirla en una comuna; un campo de trabajo o algo así; vino gente de fuera, sobre todo chicas muy jóvenes. Cultivaban la tierra y eran vegetarianos. Ellos lo llamaron el valle del Amor, pero aquello duró poco. No se acostumbraron a esa vida. Fueron desapareciendo todos, y poco después el hijo de Benedí murió y ya no supimos más”.

Parece una historia sacada de la Ibiza de los años 60, pero me está hablando de Aragón a principios de los 90. Después alguien me dirá también que el difunto Benedí hijo tenía ambiciones mayores, que a algunos les habló de crear todo un movimiento cultural ligado a la Era de Acuario, esa época de felicidad y armonía con la naturaleza que a uno le suena, sobre todo, a canción del musical “Hair”.

Quizá ni este valle ni ninguno sirvan para consumir esas utopías, pero al menos rincones como este te devuelven a otra dimensión, a esos lugares mágicos, alejados del mundo (aunque esté a media hora de Zaragoza), en donde soñábamos escondernos cuando éramos niños.



MIGUEL MENA nació en Madrid en 1959 aunque lleva media vida en Aragón. Locutor de Radio Zaragoza y colaborador de diversos medios de comunicación, es un gran conocedor de Aragón, del Aragón menos turístico y más recóndito. Ha publicado varios libros de artículos y reportajes, así como cuatro novelas *Bendita Calamidad* (1996), *El escondite inglés* (1997), *Onda Media* (1999) y *Cambio de Marcha* (2000). Su afición a la bicicleta le llevará a mostrarnos los paisajes de Aragón a través de este hermoso deporte.

